TOLEDO: PASEOS Y DIVAGACIONES

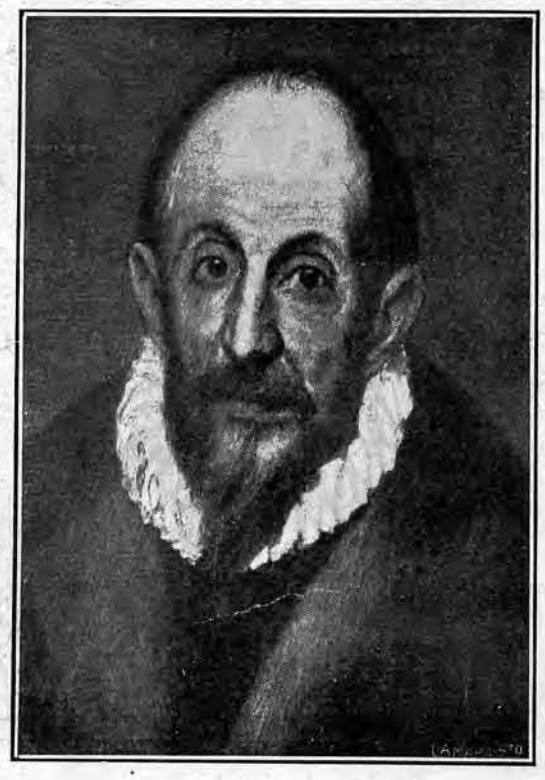
EL GRIEGO MISTERIOSO

La casa del Greco, en Toledo

CUENTA un vecino de Toledo que siendo el viernes primero de Febrero de 1561, «*cayó una muy grand nieve que muchos de los vivos no se acordaban aver visto otra tal, á cuya causa aquel invierno, estando aquí la corte de su majestad, y por estar las calles tan sucias, uvo tantos y tan malditos lodos, quales nunca se vieran, tanto que los cortesanos estavan muy descontentos en esta cibdad y deseaban ir de ella á otra parte, apeteciendo todos mudanza de corte.*» Verdaderamente, son poco atractivas las calles toledanas, cubiertas de nieve y peligrosísimas cuando ésta llega á endurecerse; recordad lo que á este propósito dice Galdós en su *Angel Guerra*

No debe extrañarnos, pues, la indignación de aquellos cortesanos llenos de cazcarrias y transidos de frío. Toledo buena fué para cobijar las turbulencias de la monarquía visigoda; excelente también como cimero baluarte para la reconquista; pero luego, libres de moros, realizada la unidad nacional, sofocado el chispazo de las Comunidades y sin guerras en el interior de España, era sobrado angosto Toledo para albergar la fastuosidad de los Austrias. En 1563, Felipe II trasladó la corte.

Para comprender la gran desgracia que se abatió sobre Toledo, consideremos un instante la desastrosa situación de España en esta segunda mitad del siglo XVI, cuando sus pueblos asfixiábanse bajo el peso de innumerables gabelas; aún no se había llegado á colocar cepillos en los caminos para recoger limosnas que aliviasen á la Hacienda real; pero, mediante unos escudos, dábase condición de legítimos á los hijos de los clérigos.



Autorretrato de "El Greco"

En pos de la corte fuéronse los servidores del rey, gran número de caballeros, militares y curiales, el tropel de intrigantes y picapleitos, los barbilindos de esclarecida progenie y bien repleta bolsa, los negociantes y los artesanos. Nadie mejor que los toledanos para pintarnos cuán grande fué el derrumbamiento de su grandeza: «*De calles enteras que había de freneros y armeros, vidrieros y otros oficios semejantes, no ha quedado un solo oficial, pues no se hallará en la ciudad un frenero que haga ó aderece un freno de caballo ni mula, ni un armero ni arcabucero, y sólo una miserable tienda de vinos ha quedado; y un mercado franco que tiene el martes de cada semana, con que se bastecía el lugar, por la pobreza y miseria del, no viene á ser de consideración, y lo que se llevaba á vender en él se lleva á Torrijos y otros lugares de señorío. Las posesiones de casas, que era la hacienda más preciada, es hoy la peor, porque no hay quien las viva y habite y en lo más público y que era de más estimación, hay gran número de casas cerradas, y la que se cae no se levanta, y holgarían de darlas sin alquiler á quien las quisiera vivir. Los frutos de las heredades y huertas, faltando las gentes, no se gastan, y un trato grueso de bonetería, en el que se entretenía y sustentaba mucha gente,*

está casi perdido. Las monjas pobres que se sustentaban con la labor de cadeneta, tan prima y dura, con que se guarnecían corporales, palios, hijuelas y otras cosas, han cesado con entrar de Francia y otras partes las randas y puntas llamadas de Flandes.» Así se expresó la ciudad en un memorial dirigido al monarca.

Un solo rico había en Toledo entonces: la Iglesia necesitaba lujos y fastuosidades para honra del culto, usaba *«randas y puntas de Flandes»* y protegía á los orfebres y pintores. Domenikos Theotocopoulos vino á Toledo para hacer el retablo de Santo Domingo el Antiguo, hacia 1576.

Este pintor, á quien las gentes, obedeciendo á la ley del menor esfuerzo, llamaron siempre *El Greco*, ¿de dónde venía? ¿Cuál era su bagaje ideológico? Llegaba de Venecia y de Roma; las dentelladas que el Renacimiento iba dando al alma medioeval, habrían dejado huellas de dudas en su espíritu; no podía ignorar que el inmutable cielo de cristal de Aristóteles habíalo quebrado Copérnico, nuevas estrellas habían aparecido y la Tierra no era ya el centro del Universo. A pesar del celo de la Inquisición italiana, sabía que treinta y tantos años antes de su nacimiento, á los dominicos que llegaron á Witemberg pidiendo limosnas, á cambio de indulgencias, cortóles el paso Lutero con sus noventa y cinco proposiciones fulminantes y condenatorias; sabía que aquella «disputa de frailes» se convirtió en cruentísima guerra de naciones y sabía que se acusaba á la Iglesia de contrariar los Evangelios, y se negaba la infalibilidad papal.

El Greco, que pintara en Italia cuadros armónicos y suaves, en los que hay fuertes brazos, piernas robustas y miguelangelescas, tornóse en Toledo pensativo y frío. Ganó aquí *«muy buenos ducados»*, que gastaba, según dice Pacheco, *«en el lujo y ostentación de su casa»*, no le atenazó, pues, la pobreza del pueblo; pero apreció muy bien en los toledanos, tristes y silenciosos, el hondo dolor causado por el abandono de que fueron víctimas. Los hidalgos seguían vistiendo decorosamente; bajo las ropillas de terciopelo y las galas profusas, acaso se escondieran estómagos inactivos y gaznates secos; pero el continente aún era adecuado á la pretérita grandeza, y los ojos perdíanse en las lejanías inaccesibles del alma, como si resbalasen indiferentes sobre el mundo exterior, esperando una reparación ultraterrena y perdurable. Pensando sobre estas cosas, debió ser como *El Greco* pudo expresar la angustia silenciosa que había en sus retratados. Ved, si no, ese caballero que con una mano apoyada sobre el pecho os mira, sin veros, desde un muro del Museo del Prado. En vano fué que los investigadores buscasen el nombre de este señor; convínose entonces en que era el retrato de un desconocido, y á nosotros se nos antoja que también fué un desconocido para el pintor, quien, al trazarlo, no quiso hacer perdurable las facciones de un determinado caballero, sino sintetizar en uno la melancolía señorial de todos los caballeros con quienes cruzaba al pasear bajo los plateados álamos del Tajo.

Cuando *El Greco* copia cosas inanimadas, es un verista estupendo; limítase á pintarlas tal cual son; no es preciso meditar, bucear en el alma de lo pintado, porque su substancia está visible para todos los ojos (casullas del *Entierro del señor de Orgaz*, por ejemplo). Mas, llegado el momento de interpretar un tema religioso, un motivo celestial, entonces el artista meditaba mucho, allá en los miradores de su casa de la Judería, frente á los cigarrales de un verdor grave y adusto.

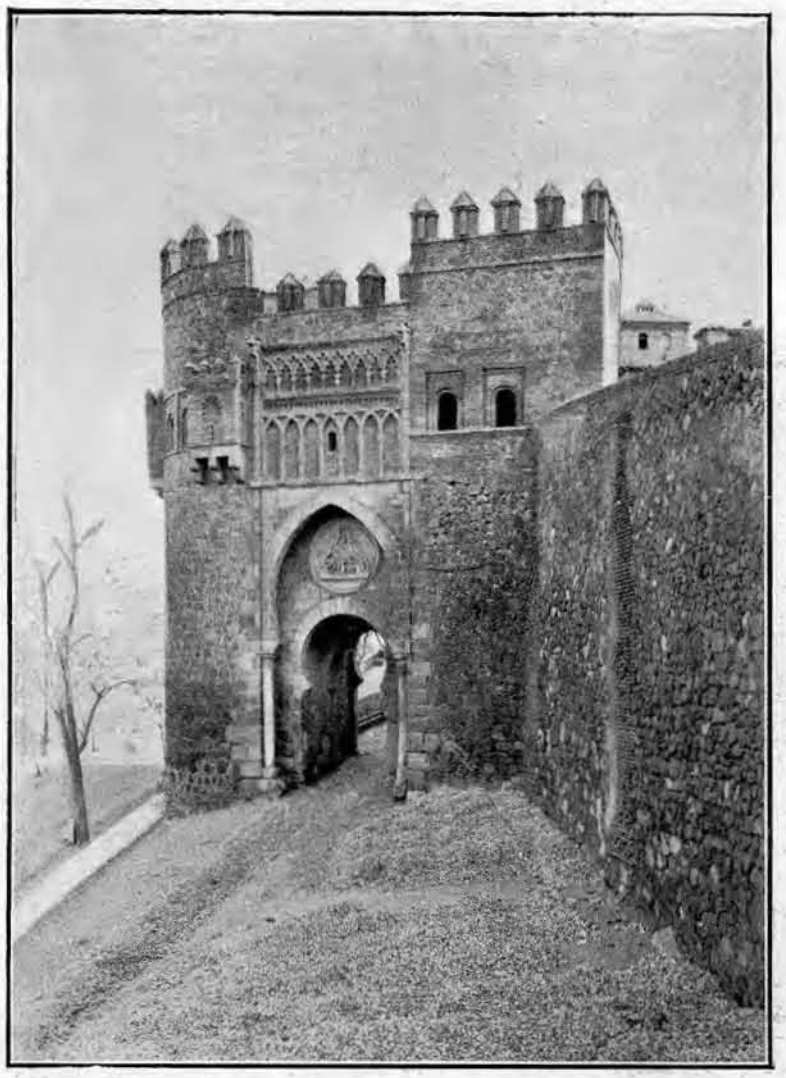
Algunas tardes tropezóse en Zocodover con la procesión de los judaizantes y hechiceros que avanzaban en largas filas, con las manos atadas al cuello, azotados y quejumbrosos. Otra vez descendió hasta la Vega, por ver un Auto de Fe, y volvió enfermo á su casa; el hedor de la carne quemada le atormentaba como si se le hubiera entrado hasta el cerebro; durante muchas noches debatióse insomne y tembloroso en su lecho, porque creía oír continuamente los alaridos de espanto con que le despertaron la mujer y los hijos de un vecino suyo á quien prendió el Santo Oficio. En semejantes crisis, *El Greco* rezaba fervorosamente, y cuando cogía los pinceles, alargaba las figuras, torturaba las carnes, buscaba una maravillosa luz increada para los nimbos de los santos, y ponía en sus túnicas resplandores celestes.

Callaba siempre; veía á la Iglesia, reuniéndose en Concilio, dispuesta á reformar su disciplina, y una víbora se levantaba entonces en su alma para decirle que alguna razón tenían los heresiarcas; pero, al punto, callaba hasta ahogar su pensamiento. Sabía muy bien que ni los hombres más virtuosos é ilustres consiguen alejar de sí el recelo de la Inquisición; recordó á Teresa de Cepeda, acusada de visionaria; á Ignacio de Loyola, preso con Francisco de Borja; al dulce y tierno Fray Luis de León, procesado, y, loco de terror, pedía gracia al Señor con la oración de sus pinceles, solicitaba fortaleza para su fe, acaso vacilante; maldecía las audacias juveniles de Italia, los colores sensuales y las jugosas matronas que entonces pintara, y juraba enfriar su paleta para todo lo humano, macerar las carnes despreciables del hombre, dislocar y retorcer las líneas de su cuerpo, aquellas líneas que habían incurrido en la abominación de creerse bellas. No; el milagro de luz, que sólo él poseía, guardaríalo como un homenaje único para el Salvador, para los santos, para sus alucinantes visiones celestiales.

Desde que la atención de los cultos se convirtió hacia *El Greco*, han llovido en torno suyo las interpretaciones y los comentarios. Nosotros somos unos silenciosos paseantes á quienes gusta explicarse lo que ven; así hemos ido á contemplar las obras de este pintor, sin *snobismo*, sin *pose* y sin literatura. Humildes y errantes, cumplimos el consejo de Unamuno: «Di tu palabra y sigue tu camino.»

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO

Toledo, 1917.



La Puerta del Sol

La puerta de Alcántara

FOTS. CASTELLÁ Y MORENO

Dos bellos y típicos monumentos de la ciudad toledana